CAPITULO VII.

Los Hombres Antediluvianos.

La longevidad de los primeros hombres que llegaban hasta 969 años, ha dado motivo desde antes de la era cristiana, á las más vehementes objeciones contra el caracter histórico del Génesis. En el primer siglo de nuestra era, Josefo, se empeña en sus *Antigüedades judáicas*, en justificar el relato bíblico. Muchos Padres de la Iglesia, entre otros, San Agustín, hicieron lo mismo durante los siglos siguientes y todavía hoy, que no faltan adversarios, para quienes se hace imposible creer que el hombre haya podido vivir de 700 á 900 años, todos los apologistas de la Escritura, tratan bajo diversos puntos la cuestión, demostrando que la ciencia nada cierto puede oponer á la longevidad de los hombres antediluvianos.

Otro de los puntos que sirven de piedra de escándalo á la incredulidad, es la existencia de los gigantes de que habla Moisés y que muchos suponen nacidos en la unión de los hijos de Dios y las hijas de los hombres.

I. La longevidad de los patriarcas.

"Es necesario confesar, dice M. Glaire, que ésta duración prodigiosa de la vida de los primeros hombres, sobre todo cuando se la compara con la brevedad de la nuestra, es una de las cosas más admirables que se encuentran en la historia del mundo antes del diluvio."

Por eso ya desde el tiempo de San Agustín, como acabamos de decir, se habían hecho no pocos ensayos para reducir á un período más eorto la vida de los primeros hombres, pretendiendo que sus años se componían solo de treinta y seis días, pero el autor del Génesis no dice una sola palabra de la que se pueda deducir que el año de que habla con frecuencia, tenga un valor diferente según que se encuentra en tal ó cual capítulo de su obra. La mención que hace del séptimo y del décimo mes del diluvio, en los capítulos VII y XIII, muestra por el contrario que los meses eran muy distintos del año y que éste se componía, por lo menos, de trescientos sesenta días. Por lo demás, no dejaremos de observar con San Agustín que habiendo Seth engendrado á los ciento cinco años y Cainan á los setenta, si se aplicara á éstas cifras la reducción indicada, resultaría que éstos patriarcas fueron padres á la edad de diez ó de siete años.

El resultado de los estudios de la exége-

sis, á este respecto, dice Reusch (1) debe ser, que según el Génesis, los patriarcas vivían mucho más de lo que viven los hombres en la actualidad; la duración de su vida en la época antediluviana era diez veces la de hoy.... Flavio Josefo refiere que los historiadores de los pueblos antiguos, tales como Manteon y Beroso, hablan de la grande duración de la vida de los primeros hombres, como de un hecho conservado por la tradición en los lugares en donde vivieron. Estas tradiciones se extendieron entre muchos otros pueblos desconocidos á Josefo, pero de los que hoy tenemos exacta noticia.

Pero, se nos replica: ¿esta longevidad acaso no es imposible? Creo que podemos responder sencillamente con Curtz (2): "La cuestión de la posibilidad de una vida de quinientos, seiscientos ó novecientos años en los primeros tiempos del género humano no es del resorte de la fisiología ó de la biología actual. El biólogo que habla de imposibilidad en este punto sale de la reserva que le impone la verdadera ciencia." La única regla según la que, pudiera la fisiología determinar la duración de la vida, es la esperiencia; pero sus observaciones se reducen exclusivamente á la época actual, y sus conclusiones deben reducirse á ésto: de que en las condiciones presentes de la naturaleza, el hombre no pueda llegar á una edad tan avan-

[1] La Bible et la Nature, p. 532.
(2) Geschlchte des alten Bundes, t. I. p. 74.

zada como aquella á que llegaron los patriarcas, no se sigue que en aquellas condiciones tal longevidad haya sido imposible. Al contrario la absurda pretensión de la biología, de llegar á encontrar el medio de vivir perpétuamente, indica por lo menos que la longevidad de los patriarcas no puede ser juzgada como imposible por la ciencia.

Además, aun hoy se encuentran ejemplos no raros, de personas que han excedido considerablemente la edad ordinaria y han vivido de 150 á 200 años. Prichard cita muchos ejemplos de esta naturaleza y según los viajeros modernos, esta longevidad no es rara entre los árabes que habitan los desiertos del Africa. Pues bien, si en nuestra época la duración de la vida puede en circunstancias muy favorables, llegar al doble ó triple de la duración fijada como media por la fisiología ¿quién se atreverá á juzgar imposible el que en circunstancias más favorables aún, los hombres llegaran á una edad diez veces más avanzada? No apoyándose sino en los datos actuales, es imposible á la ciencia negar ó afirmar la realidad de esas circunstancias en la remota antigüedad.

Nada sabemos con certeza sobre la naturaleza de las causas que permitían á los hombres llegar á tan avanzada edad. El medio en el que vivian y su misma constitucion física no eran probablemente las mismas que hoy, sino diferían lo bastante para hacer posible tal longevidad. Antes del diluvio, las condi-

ciones climatéricas eran diferentes con toda probabilidad de lo que son hoy; puede ser que esta circunstancia influyera en algún modo sobre la larga duración de la vida de los primeros hombres, si ella no fué su única causa.

II. LOS GIGANTES.

En el capítulo sexto del Génesis se nos refiere que "cuando los hombres empezaron á multiplicarse sobre la tierra, y hubieron engendrado hijas, los hijos de Dios, *bene ha-Elohim*, viendo que las hijas del hombre *beaat ha-Ahadam* eran hermosas, buscaron entre ellas sus esposas. Y el Señor dijo: "No permanecerá mi espíritu por siempre en el hombre, porque es de carne..... Había en estos días gigantes, *nefilim*, sobre la tierra y así después que los hijos de Dios se unieron á las hijas de los hombres y que éstas dieron á luz; estos son los fuertes *gibborim*, hombres famosos desde la antigüedad."

Este corto pasaje ha dado lugar á numerosas dificultades, pues encierra alusiones muy oscuras para nosotros. ¿Quiénes eran los hijos de Dios y las hijas de los hombres? ¿Quiénes eran los *nefilim* y los *gibborim*? Los *nefilim*, según la interpretación común, son los gigantes, aunque la raiz de este nombre *nafal* que significa caer, haga la etimología difícil de esplicar. Su nombre es por consiguiente misterioso y en cuanto á

su historia, nos es de todo punto desconocida. La Escritura, que es la única que pudiera darnos luz en el asunto, nada nos enseña sino su nombre, y nada nos dice sobre su genealogía. Se ha dicho mucho que nacieron de la unión de los hijos de Dios con las hijas de los hombres, pero el texto no lo dice. Lo que en él leemos es que había gigantes sobre la faz de la tierra y que cuando los hijos de Dios se unieron á las hijas de los hombres, éstas dieron á luz, los *gibborim*. Esta palabra ha sido traducida como sinónimas de *nefilim*, *gigantes* por los setenta; pero ella es muy diferente é implica la idea de fuerza independientemente de la estatura. El texto original no establece relación alguna entre los *nefilim* y los *gibborim*; nada indica que hayan existido dos espeeies de *nefilim* ó gigantes; los que precedieron al matrimonio de los hijos de Dios con los hijos de los hombres, y los que resultaron de esta unión. Se puede por consiguiente decir sobre este asunto cuanto se quiera; nosotros no tenemos que defender á la Biblia sobre puntos que no contiene.

Con relación á la existencia de los gigantes, muchas tradiciones antiquísimas han conservado su recuerdo. Los monumentos asirios representan con frecuencia al héroe Izdubar como de una talla gigantesca. Los Titanes son célebres en la mitología griega. La India, la Persia, la Germania conservaron memoria de sus gigantes y los mexica-

nos refieren que en la segunda época, *Taltoniatuh*, ó en la edad de la tierra, los gigantes fueron aniquilados por la conmoción que causó la ruina del mundo. Según los peruanos, abordaron á su país en otro tiempo algunos gigantes, que se hicieron culpables de toda clase de crímenes y que perecieron en castigo de su inmoralidad,

Pasando ahora á esplicar lo que se debe entender por hijos de Dios é hijas de los hombres, diremos que un gran número de críticos incrédulos y de comentadores protestantes sostienen que los hijos de Dios son los ángeles que tomaron cuerpos fantásticos para verificar estos enlaces, y de allí concluyen que se trata aquí de una fábula. Pudieran ellos alegar en favor, no de su conclusión, sino de su interpretación, el sentir de algunos Padres de la Iglesia que florecieron en los primeros siglos y de hecho no han dejado de aducir su testimonio. Nosotros reconocemos que los intérpretes judíos y algunos cristianos han pensado en efecto que los de Dios eran los ángeles.

Pero tanto unos como otros fueron inducidos á este error por la idea falsa que tenían de la naturaleza de los espíritus celestiales, á los que atribuían un cuerpo semejante al nuestro, y por su respeto injustificado al libro apócrifo de Henoch se olvidaron de que Nuestro Señor Jesucristo dijo que los ángeles no se casaban [1].

(1) S. Mat. XXII. 30.

Los incrédulos pretenden, es verdad, que no nos debe sorprender el que los primeros cristianos creyeran en las fantasmagorias del libro de Henoch, porque según ellos, el apóstol San Judas, creía en ellas y enseñaba al trasladar en su Epístola alguno de sus pasajes, á venerar este escrito fabuloso cual si fuera la palabra de Dios. El mal está en que todas estas consecuencias no se siguen de las palabras del Apóstol y ni siquiera prueban que él haya tenido conocimiento de éste libro apócrifo.

Suponiendo, además, que él lo hubiera conocido y aún que lo hubiera citado, su cita en manera alguna probaría ser el apóstol de opinión que los hijos de Dios de que habla Moisés son los ángeles. "Henoch ha profetizado, diciendo: Hé aquí al Señor con un millón de santos que viene á juzgar á los hombres." Tales son las espresiones de San Judas. Pudo muy bien haber tomado esta profecía de la tradición oral y no de un texto escrito; pero aun cuando lo hubiera tomado de esta última fuente, su lenguaje no encierra alusión alguna á la cuestión que tratamos aquí, y en vano se pretende alegar su testimonio en favor de la interpretación de Lactancio y de Tertuliano. Aunque hubiera alabado el libro de Henoch, porque en él se contenía un hecho verdadero, no se seguiría que aprobaba todo cuanto se contiene en este libro apócrifo.

Además del pretendido testimonio de San

Judas, los incrédulos se sirven de otro argumento, qne toman de la filología. Los *bene-Elohim* ó hijos de Dios, nos dicen, designan á los ángeles en el libro de Job y en el de los Salmos, luego debe esta frase interpretarse del mismo modo en el Génesis.

Negamos absolutamente la paridad. De que la espresión *bene-Elohim* signifique ángeles en el libro de Job y en los Salmos, no se sigue que tenga el mismo sentido en el Pentateuco. Jamás ni en el Pentateuco ni en otro escrito en prosa del Antiguo Testamento los ángeles son llamados hijos de Dios, aunque de ellos se hable con bastante frecuencia; sino que son llamados *enviados* de Dios: *male-ak*. Si pues Moisés hubiera querido hablar de los ángeles en el capítulo VI del Génesis, los habría designado con la palabra *male-akim*, como lo hizo en los capítulos XVI, XIX, XXIV, XXVIII y XLVIII. Por *hijos de Dios* entiende los hombres que habían permanecido fieles á Dios, lo mismo que por *hijas de los hombres* entiende las que se habían dejado llevar de las pasiones humanas. La frase por sí misma significa criaturas de Dios, hechas á su imágen: por consiguiente no conviene menos á los hombres que á los ángeles; los hombres son llamados *hijos del Altísimo* en los Salmos; *hijos de Jehovah, su Elohim* en el Deuteronomio, é hijos del *Dios vivo* en Oseas, no es por consiguiente extraño que en el Génesis se les llame *hijos de Dios*.

CAPITULO VIII.

El Diluvio.

La palabra *diluvio* en su acepción ordinaria, significa la gran inundación que destruyó el género humano, excepto Noé y su familia, en castigo de la corrupción de costumbres que reinaba en todos ellos. En *geología*, se dá el nombre de *diluvium*, á formaciones de cantos y de limo que se dicen efecto de las vastas inundaciones que precedieron el período actual. La narración de este hecho tan importante, se contiene en los capítulos VI, VII y VIII del Génesis. Trataremos en el presente capítulo: 1º de demostrar por las tradiciones de todos los pueblos, la realidad del diluvio: 2º De examinar las relaciones que existen entre el diluvio y la Geología y 3º De dilucidar ante la Hermenéutica y la Ciencia, la moderna opinión de la no universidad del diluvio.

I. El Diluvio y la Historia.

El gran objeto de todas las tradiciones, dice el Abad Lambert, es el Diluvio, y no hay un solo hecho en la historia de los siglos, que se haya grabado más profundamente en la memoria de los hombres. Vamos á citar las tradiciones de los principales pueblos, tanto orientales como occidentales, comenzando por estos últimos.

1.º *Los mexicanos*. Varios pueblos del